



ANTONIO VALVERDE "AYALDE"

POR MIGUEL PELAY OROZCO

Contra lo que pudiera creerse, perfilar hoy una semblanza de Antonio Valverde no resulta nada fácil. Está tan próxima su pérdida y, por otra parte, son tantos, tan diversos y tan valiosos los méritos que adornaron la fecunda vida de **Ayalde** que, a la hora del recuento, se encuentra uno un tanto perplejo, sin saber por dónde empezar y —lo que es peor— consciente de que ha de dejarse en el tintero muchos aspectos destacables. Tantos quizá como los que puedan ser enumerados en una breve nota como ésta que me ha sido encargada por la dirección de la entrañable revista OARSO.

No olvidemos que en Valverde, al lado de su importante obra artística está su considerable labor intelectual. Y que, junto a ambas, puja también con fuerza su aspecto humano, no menos notable y ejemplar según sabemos cuantos tuvimos la fortuna de conocerle.

Quiere decirse que la personalidad del ilustre pintor renteriano no puede ser estudiada en un pequeño artículo porque su fabulosa dimensión escapa a todo propósito de abreviamento y de contracción. Sin embargo, yo trataré aquí de cumplimentar el encargo que se me ha confiado, intentando un pequeño bosquejo artístico-biográfico.

Empezaré por decir que Antonio Valverde fue, ante todo, un hombre honesto, sencillo y generoso. Y que fue también un humanista y un liberal en la más noble acepción de ambas palabras. Para él no existieron jamás esas categorías antipáticas determinadas por el dinero o por las preeminencias sociales. Trataba a todo el mundo, al alto; al bajo, al chato y al narigudo, con el mismo rasero. Un rasero, por cierto, amable, abierto, bondadoso. No hablaba mal de nadie y se entregaba a todo el mundo a las primeras de cambio, compartiendo con tan sincera intensidad los problemas ajenos que los convertía en propios. Era comprensivo y tolerante en un país —en un querido y difícil país— en

el que la incomprensión y la intolerancia son frutos muy arraigados y característicos...

En el campo artístico, **Ayalde** nos ha dejado una obra amplia y relevante, cuya importancia ha de ir aumentando con el paso del tiempo.

Siendo casi un adolescente gustó ya de las mieles del triunfo. En 1935 obtuvo el primer premio en uno de aquellos certámenes de Artistas Noveles que por entonces solía organizar la Diputación de Guipúzcoa, y que constituían auténticos trampolines de lanzamiento para los artistas guipuzcoanos. Siete años después repetiría su éxito en el mismo certamen conquistando el máximo galardón. En 1945 presentó su bello **Paisaje Vasco** en la Exposición Nacional de Bellas Artes. En 1951 fue exhibido su famoso **Oientzero** en la I Biental Hispanoamericana de Arte. Un año después obtendría el premio «Darío de Regoyos» en el Certamen de Navidad de San Sebastián. En 1953 alcanzó el premio de honor en el IV Certamen de Navidad, con su cuadro **Paisaje**, pintura que pertenece actualmente a la pinacoteca del Museo de San Telmo de nuestra ciudad...

Claro que ninguno de estos éxitos le envaneció jamás. Al contrario. Recuerdo que cuando se hablaba de Arte —en alguna de esas discusiones tan frecuentes en nuestro país y en las que todos aparecemos siempre disfrazados de técnicos y ahuecando la voz— **Ayalde** exponía sus puntos de vista casi con timidez, como si sus opiniones fueran las de un simple aficionado. Y sin embargo, si había una persona capacitada para ejercer la crítica en este campo, esa persona era él. No solamente por su sólida formación cultural y artística, sino porque poseía una sensibilidad estética ciertamente excepcional.

Valverde fue un pintor fácil, audaz y dominador. Tuvo a lo largo de su vida artística una porción de evolu-

ciones. Cultivó todos los géneros, desde el paisaje hasta el retrato, pasando por el cartel, la ilustración y el grabado. Y todo lo hizo bien. Pintó temas clásicos con una soltura admirable. Hizo también cosas modernas y hasta tanteos abstractos, con una destreza y una intuición realmente asombrosas. Finalmente dio con una manera sutil y poética de plasmar nuestros paisajes guipuzcoanos, sirviéndose de una técnica un tanto ingenuista y utilizando colores muy tenues y contenidos. Por cierto que algunos de estos paisajes de Valverde, al contemplarlos hoy —y en este momento pienso en la portada de su libro **Ibar ixillean**—, dejan en mí una estela de inefable melancolía.

Como no podía menos de suceder en quien tanto se exigía a sí mismo, su honestidad se manifestaba, en primer lugar, en su propia pintura. Hace unos años, cuando emprendió la empresa de llevar a sus lienzos a una porción de guipuzcoanos ilustres del pasado, fue escogiendo sus modelos —aquellos que habían de servirle para «reconstituir» los originales— con una minuciosidad y un rigor increíbles. Previamente estudiaba detenidamente, en biografías o en trabajos históricos o literarios, la personalidad del personaje que se proponía pintar. Su vida, su conducta, su ideología, su anecdotario, sus reacciones... Y cuando había penetrado, por así decir, hasta el fondo en su psicología, es cuando buscaba el modelo de carne y hueso. Así fueron desfilando por su estudio de Oyarzun, fungiendo de sosias de antiguos héroes del país, su paisano Michelena, el lingüista, que había de convertirse en Bilinch; José de Arteche, que sería Larramendi; el Dr. Hernández, que haría de San Ignacio; Juan Ignacio Uría, como Valentín de Olano... Por cierto que para sus retratos de Lope de Aguirre y **Xenpelar** eligió dos tipos de mucho carácter, vecinos del mismo Oyarzun.

Pues bien, a lo que iba. Es decir, a su probidad, a su rectitud profesional. Recuerdo que por entonces, al volver a mi casa de San Sebastián después de pasar unos días de descanso en las alturas de Aránzazu, me encontré con una nota en la que se me decía que telefonara inmediatamente a Valverde. Así lo hice. **Ayalde** me explicó entonces que había pintado el retrato de Valentín de Olano teniendo como modelo a Uría, pero que los ojos no terminaban de satisfacerle. Que una noche, sin poder dormir pensando en este problema, dio, de pronto, con la solución.

—Son tus ojos —me dijo— los que necesito. Valentín de Olano tenía que tener una mirada parecida a la tuya.

Su afirmación me dejó perplejo. Sin esperar mi reacción, me preguntó:

—¿Te importará llegarte mañana hasta aquí, hasta Oyarzun? Bastará con una sesión...

Accedí, naturalmente. Y allí, en su precioso estudio oyarzarra, Valverde realizó una mañana el primer trasplante pictórico de un par de ojos. Cuando concluyó la «operación», le hice saber que uno de mis apellidos era precisamente Olano.

—Quién sabe... —musitó entonces **Ayalde**. Pero era evidente que pensaba solamente en que acababa de solucionar su problema.

Hace algunos años acostumbrábamos a ir juntos al monte, en compañía de José de Arteche. A veces se unía también al grupo Joxe Mari Beneche. No olvidaré nunca una excursión que hicimos los cuatro, un domingo de Ramos, al San Lorenzo Larre (y no «de» Larre, como reza la inscripción de su buzón). Se trata del monte que está encima mismo de Berástegui y en cuya cumbre, arropada por una veintena de frondosas hayas —**pago-motzak**— se alza una vieja ermita advocada al santo titular. Llegamos sobre las diez de la mañana a la plaza del pueblo, con ánimo de dejar allí el coche para iniciar la excursión, precisamente en el momento en que tenía lugar, allí mismo, al aire libre, la liturgia de Ramos. El espectáculo era sobrecogedor. Los sacerdotes procedían con una dignidad hierática y solemne, rodeados de una compacta multitud constituida posiblemente por el censo total de la aldea. Aquellas mujeres, con sus largas mantillas negras, y los hombres, con sus trajes también negros y rigurosos, por su actitud grave y enfervorizada —el silencio en la plaza era tan denso que casi «se oía»— recordaban un poco las impresionantes escenas que debieron encontrar Regoyos y su amigo Verhaeren a fines de siglo, a su paso por el país.

Recuerdo que toda la ascensión hasta la cumbre del San Lorenzo la hicimos bajo el influjo de aquel inesperado cuadro que, si a todos nos impresionó, a Valverde, por su agudísima perceptividad, le tuvo que afectar mucho más.

Como escritor, además de infinidad de artículos que fueron apareciendo en la revista **El Bidasoa**, de Irún, y en **El Diario Vasco** donostiarra, Antonio Valverde nos ha legado dos libros: uno escrito en castellano y titulado **Con fondo de chistu**; el segundo, casi póstumo —según tengo entendido, **Ayalde** llegó incluso a corregir las pruebas pero no pudo ver el libro terminado—, está escrito en euskera y su título es **Ibar ixillean**. Aunque en ambas producciones se trasluce el alma delicada y poética del autor, confieso que es este último el que a mí me ha impresionado más. Al leerlo, nadie puede pensar que se trata de la obra de un euskaldunberri, como de hecho lo era **Ayalde**. Ya que, a lo largo de sus páginas, todo en el libro —su espíritu, sus temas, el léxico empleado, la fluidez, sus giros y modismos, la disposición sintáctica...— rezuma plena autenticidad, plena sencillez, plena pureza. Pero el mayor mérito consiste en que supo «atenuar», por así decir, este casticismo —con todo lo que el casticismo puede suponer siempre de antañón y de regresivo— enmarcándolo en un estilo novedoso, fácil y atractivo.

Para don Manuel Lecuona, prologuista de **Ibar ixillean** y hombre de gran olfato en toda clase de cuestiones artísticas y literarias, la prosa euskérica de **Ayalde** era la de un fino estilista.

No quiero concluir este trabajo sin agradecer la oportunidad que me ha concedido la dirección de la revista OARSO para dedicar, desde estas sus páginas, un recuerdo emocionado al gran artista, al gran humanista y al gran amigo que fue para todos nosotros, Antonio Valverde Casas (**Ayalde**)...

San Sebastián, junio de 1971.